# LA REVELACION.

**REVISTA ESPIRITISTA**

Año IX. | SALE UNA VEZ AL MES. | Núm. 10.




## ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de fuera de la capital, se sirvan remitir el importe de la suscricion, si no quieren sufrir retraso en el recibo del periódico.

ALICANTE 30 DE OCTUBRE DE 1880.

## LA OBRA DEL HOMBRE.

### La Felicidad.

Juan envidia de Bruno la nobleza
Y Bruno á Juan envidia la riqueza:
Ambos envidian á Luis la calma,
Y este envidia á los dos con toda el alma;
Honores y fortuna ¡Qué simpleza!
Bruno con lo de Juan feliz seria,
Juan seria feliz con lo de Bruno;
Lo de Luis á los dos contentaria,
Y á Luis feliz lo de los dos haria,
¡Y con lo propio no es feliz ninguno!
Podemos deducir de estos estremos
Que de la vida atados en el potro,
Felicidad es lo que no tenemos,
Tal vez mejor diremos;
Felicidad es lo que tiene el otro.

*Joaquin M.ª Bartrina*

¡Cuán profundamente práctico en la lucha de la vida se conoce que era el jóven poeta que no hace muchos dias dejó la tierra, y cuán bien pinta el continuo descontento del hombre, que corriendo tras de un imposible, siempre contempla las tinieblas sobre sí, viendo los rayos luminosos sobre los demás. Todos los hombres parecen ciegos de entendimiento, por que ninguno vé que en sí mismo lleva la parte de felicidad que á su espíritu corresponde.

El espiritismo indudablemente es el oculista encargado de operar las cataratas del entendimiento humano, él le ha hecho, le hace y le hará ver al hombre que la felicidad no es la riqueza de *Juan*, ni la nobleza de *Bruno*, ni la calma de *Luis*, por que todas las posiciones de la vida son adecuadas al adelanto de cada espíritu. El que por luchas anteriores no pueda vivir en calma, aunque todo le sonria en este mundo, siempre tendrá un infierno en su corazon; esto se vé continuamente, hay seres ricos, considerados y respetados en la sociedad, que nada les falta para ser dichosos, y sin embargo...son profundamente desgraciados. Conocemos á un jóven de buena familia, que posée un excelente corazon, que disfruta de un posicion desahogada, que quiere á los suyos entrañablemente cuando está léjos de ellos, y cuando está cerca les encuentra mil pequeñas faltas que le molestan y le impacientan. De bellísimos sentimientos, siempre se acuerda de los pobres, y hasta cuando vá al teatro dice para sí:—Si tomo una butaca me costará mucho dinero, más vale que me vaya al último piso, y lo que habia de gastar en un lujoso asiento, que lo dé á los pobres.

Y así lo hace, recibiendo por su buena accion más bendiciones que los chicuelos de una aldea, al ser visitados por un Obispo, de modo que si pregunta á su conciencia, ésta debe responderle:—*Estoy contenta de tí*, por lo tanto, ¿qué le falta á nuestro amigo para ser feliz? lo principal, *poder serlo*; porque en realidad es profundamente desgraciado; quiere crearse una nueva familia exclusivamente suya y no encuentra mujer que le haga sentir; y cuando alguna le inspira simpatía, comienza á pensar si al casarse cambiará de carácter, si será casquivana y con sus coqueterías le hará sufrir el horrible tormento de los celos, ora si será demasiado ignorante que no le comprenderá y le hará vivir solo; y en esta lucha titánica que ofrece el dualismo, van pasando los años de su hermosa juventud envidiado de muchos, y desventurado en medio de múltiples condiciones que podrían, si lo mereciera, hacerle dichoso. Es jóven, simpático, ocupa una buena posicion social, muchos pobres le bendicen, y sin embargo, su espíritu est inquieto, receloso, duda de sí mismo, teme al porvenir y le aburre el presente ¿qué misterio encierra esta vida de ocultos azares, de ignorados dolores, que tiene en la actualidad cuanto se necesita para ser dichoso, y apesar de esto es un espíritu enfermo, cuya enfermedad es incurable?

¿Merece este sér, por sus generosos sentimientos, ser tan desgraciado? No; debia por su vida presente, gozar de la dulce calma de los justos, y cuando no la tiene es señal evidente que humanamente no puede tenerla, porque anteriormente no se la ha sabido crear.

La gran obra del hombre es formarse una atmósfera luminosa, donde su espíritu se envuelva en efluvios de luz y de amor, y cuando no lo consigue, no eche la culpa á nadie, diga únicamente, ayer fui indolente, ayer no trabajé en mi progreso, y como no anduve la jornada que me tocaba, hoy me encuentro á la mitad del camino, y es inútil envidiar la tranquilidad de otro, porque el que vive intranquilo, no viviría dichoso con las condiciones que vé en su vecino, porque como su espíritu no está en estado do disfrutar los goces de la paz intima, aunque todo le sonría, le sucederá como á nuestro amigo, que siempre encuentra un algo inexplicable que le hace sufrir, una vaga inquietud que le hace suspirar.

La riqueza es una de las cosas mas descadas por el hombre, y ¡cuántos ricos viven muriendo en medio de su fastuosa opulencia! y no es porque la riqueza sea orígen de sinsabores, no, nada de eso; no somos de los adustos filósofos que niegan los placeres que proporciona lo abundancia; nunca negaremos que una cuantiosa fortuna es causa de muchas satisfacciones, de mil comodidades, de innumerables distracciones que alegran la vida, que ayudan al espíritu á engrandecerse, á elevarse, á instruirse, porque un hombre rico puede viajar, puede estudiar, puede adquirir todo lo necesario para dilatar, para educar convenientemente su inteligencia, contemplando nuevos horizontes, admirando el trabajo y la industria de las diversas razas que pueblan la tierra. Puede ser útil á los demás, amparando al débil, consolando al triste, protegiendo al artista; un hombre rico puede ser la imágen de la Providencia en la tierra.

Considerada así la riqueza, ¿dónde puede caber más felicidad que en la posesion de inmensos tesoros? porque éstos son armas poderosísimas para conseguir todo lo bueno, todo lo grande que se puede realizar en este mundo; y sin embargo, muchos ricos son *pobres*, muchos que parecen venturosos son desgraciados; y se hace muy mal en envidiar riqueza puramente monetaria, porque la riqueza material es fuego fátuo, si no le sirve de sosten la grandeza y nobleza del alma, la pureza de la intencion; así es que el pobre de alma es inútil que envidie las riquezas, porque aunque poseyera los tesoros de Creso, sería siempre el último mendigo de la Creacion, y no encontraría placer en la abundancia, porque su misma avaricia le haría vivir pobremente; por lo tanto, sin ningun género de duda, podemos asegurar que el oro es fuente de placeres y gérmen de inquietudes, manantial de alegrías y rau-

dal de dolores, causa de grandes adelantos y piedra fundamental de gravísimos desaciertos y de trascendentales escándalos, y es gran verdad envidiar la riqueza sin antes preguntarse:—¿Sabré yo ser buen rico?

El talento tambien es muy envidiado; por que un sábio ocupa una brillantísima posicion social, inspira profundo respeto, les son dispensados muchos de sus defectos, aplaudidas sus excentricidades, comentadas favorablemente sus mas sencillas acciones, y aunque nunca le faltan enemigos al hombre sábio, son los más, los que le rinden culto á su sabiduría; y aun sus mismos contrarios en el mero hecho de ocuparse de él, demuestran que algo vale cuando consigue atraer la atencion general, ya sea en pró, ya sea en contra; por esto un hombre sábio es envidiado, y la generalidad cuando le nombra exclama entusiasmada: ¡Quién supiera tanto como él! Y sin embargo hay muchos *sábios* que son completamente idiotas, y tiene á veces mas buen sentido un rústico labriego, que un docto académico; porque hay muchísimos sábios que desgraciadamente desconocen por completo el principio de la sabiduría, puesto que niegan á Dios; y van descubriendo las eternas leyes de la Creacion, y van inventando y adquiriendo todos los instrumentos necesarios para penetrar con la mirada del génio en el fondo de los mares y en las profundidades del espacio, y al ver este adelanto, dice como el grajo de la fábula: ¡Qué grande soy! ¡Mis ojos penetran en el infinito!.... ¡En la Creacion ya no hay secretos para mi!

¡Todas sus fuerzas sé como funcionan!

¡Todos sus elementos sé como se combinan!

¡Todos sus fluidos sé como se confunden para hacer el compuesto de la vida! ¡Todo, todo lo sé! Y sin embargo, esos sábios que *todo lo saben*.....tienen que decir con amarga impaciencia en un momento de incertidumbre, lo que dijo Bartrina en un instante de sublime duda:

«Mas ¡ay! que cuando exclamo satisfecho:
Todo, todo lo sé!
Siento aquí, en mi interior, dentro mi pecho
Un algo, un no se qué.»

Ese *no se qué* es la voz de Dios que murmura á su oido: ¡¡INGRATO!! Son muchos los sábios que son los grandes ingratos del mundo; y como no hay culpa sin pena, su científica ingratitud tiene su correctivo, y los pobres idiotas, los desgraciados sordomudos, todos esos séres que viven presos de sí mismo, son los grandes sábios de ayer, los que decian ¡*todo lo sé*! pero que ignoraban lo principal, la continuidad de su vida, la eterna personalidad de su espíritu y el progreso indefinido de las almas en un ilimitado porvenir: así es, que la sabiduría de los escépticos es lluvia de fuego que solo deja tras de sí tibias cenizas. ¿Se debe envidiar semejante sabiduría? No.

El sábio orgulloso es flor sin aroma!

¡Es árbol sin fruto!

¡Es arenal estéril!

¡Es un cadáver galvanizado! Puede sernos útil el adquirir defectos científicos que oscurezcan humildes virtudes? No, y mil veces no; por esto no debemos envidiar á los hombres sábios, sin antes preguntar á nuestro entendimiento si seríamos bastante razonables para reconocer una suprema inteligencia dominando en absoluto sobre todo lo existente, rindiéndole culto á Dios en los eternos altares de la ciencia y de la caridad.

¿De qué le servirán al hombre orgulloso y ateo los conocimientos científicos? de fatal estímulo para adquirir imperfecciones y grandes responsabilidades; hé aquí por que es inútil la ciencia para ciertos séres.

La felicidad, como dijo el poeta, *no es lo que tiene el otro*, la felicidad consiste en el grado de perfeccion de cada espíritu. La ciencia puede hacernos dichosos si somos humildes y sencillos, si como las flores, esparcimos el aroma de nuestros conocimientos entre los que nos rodean, sin petulancia, sin desden, sino sencillamente, dando con amor, lo que con amor recibimos. La ciencia comprendida de este modo, es lluvia bendita que fecundiza la tierra, y deja trás de sí, flores y frutos.

La riqueza, si, nos sirve para difundir el consuelo, para convertirnos en activos agen-

tes de la providencia, para ser la esperanza de los desamparados, el ángel de la guarda de los afligidos, el padre de los huérfanos, para ser en fin, el agua de salud que cure todas las dolencias de la humanidad: ¡bendita sea entónces la riqueza! porque es un raudal inagotable de felicidad.

La tranquilidad, la calma del espiritu es un estado envidiable, si no es la calma del egoista, si no es la tranquilidad del indiferente que ve hundirse el mundo, y mientras á él no le caiga encima sonrie sereno. La calma de esta especie es un estacionamiento fatalísimo para el espiritu, de trascedentales y funestísimas consecuencies, así es, que no debemos envidiar esto ni aquello sin antes preguntarnos á qué altura nos encontramos en sentido moral é intelectual.

La gran obra del hombre es trazar los planos de su felicidad, y para tirar las primeras líneas y formar los primeros ángulos, no debe mirar el dibujo lineal de los otros, sino estudiar en sí mismo y trabajar en su progreso, y de este modo será un buen rico, será un sábio humilde y profundo, será un alma serena fuerte en la lucha, resignada en la prueba, y heróica en la expiacion. Será siempre grande y en todas las circunstancias de la vida será verdaderamente feliz; porque la felicidad humana no consiste mas que en el cumplimiento del deber. El que sabe cumplir con todos sus deberes, es el espíritu mas dichoso.

Conste pues, que la felicidad no consiste *en lo que no tenemos, ni en lo que tiene el otro,* la felicidad es la ciencia y la virtud en accion, es la práctica de la ley de Dios, y esta felicidad suprema la llevamos en nosotros mismos.

Trabajemos en nuestro perfeccionamiento, miremos en el progreso la fuente de la vida eterna, tengamos voluntad para ser grandes, y la felicidad nos sonreirá amorosa brindándonos las espléndidas moradas que nos reserva nuestro padre en los innumerables mundos que pueblan el infinito.

*Amalia Domingo y Soler.*

---

# LUZ Y SOMBRA.

Requena 16 de Agosto de 1880.

(CONCLUSION.)

No intentes ya retroceder, será en vano. Cómo no puede haber dos primaveras en un año, no es posible dar dos infancias á la inteligencia. Sin que te sea susceptible el dominarte, sin conseguir enfrenar ni contener el vértigo que te abalanza sobre el vacío, sin darte cuenta del torbellino envolvente que te arrastra como si tu propia desesperacion desencadenase nuevas energías, harás tristes descubrimientos al esplorar el antiguo palenque de tus convicciones, cuyo armonioso y magnífico edificio, herido en sus cimientos por el contundente rayo de tu sañuda crítica, acabará por desplomarse con terrible estruendo, como castillo colosal sobre movible arena edificado: y tu asombro se trocará en espanto cuando encuentres el enigma encerrado en las respetadas verdades á las que rendias fervorosa veneracion en el recinto de tu conciencia, y rasgues airado en el colmo de tu sacrílego furor el púdico velo que encubria los contornos de aquellas misteriosas esfinges.

Habrá llegado el instante supremo de los estigmas, de las maldiciones, de los anatemas. La revolucion ha alcanzado su apogeo, y va ahora á destruir. Aquel Dios-providencia que te forjaras en las cimas de tu razon como la cúpula perenne é inconmovible y la piedra angular del majestuoso templo de tus creencias, rico en bondad, pródigo en gracias, infinito en saber, arquetipo, descenderá confundido y avergonzado de su excelso trono y se ocultará silencioso y sombrio perdiéndose entre la neblina de tus pueriles supersticiones, sin dejar en su vacío lugar ningun otro Dios que te ampare en tu orfandad y en tus calamidades; y toda aquella série de ideas, escala mística que te conducia hasta Dios, centelleando en tu mente como eternos luminares ó inextinguibles lámparas que ardian ante su altar, trasformarán en ídolos ridículos, parodia

insoportable y necia preocupacion, pareciéndote fugitivas estelas ó pálidas nebulosas que acabarán por estinguirse y desvanecerse ante la cárdena luz de tu exterminador criticismo; y así, de abismo, de negacion en negacion, profanado el santuario de tus creencias, escarnecidos tus dioses, heridas de muerte tus esperanzas, desquiciado el órden moral, quebrantadas las armonías de la naturaleza, subvertido y dislocado todo el admirable organismo de la ciencia, que tanto laborioso esfuerzo te costara erigir; con la asquerosa y torpe blasfemia manchando tus lábios y la sardónica duda envileciendo tus mas acendrados afectos; con el dolor, con el implacable dolor mordiéndote rabioso en mitad del pecho, te sepultarás al cabo desde tu antiguo romántico éxtasis en el despeñadero lóbrego é insondable del excepticismo; selva horrible é infranqueable á la que todos tenemos forzosamente que llegar al frisar la edad madura, y al desvanecerse ante la luz y la realidad los juegos fantasmagóricos del espíritu: *nel mezzo del camin di nostra vita*, como exclamaba el melancólico solitario de Vallclusa.

¡Caida horrible! ¡Descendimiento deplorable y conmovedor! El ángel sumido en el lodo, perdidas sus alas de gasa, solo tiene ya alientos para blasfemar y rebelarse airado contra el tirano que así lo maltrata. El riente y místico optimista se ha trocado en pesimista lúgubre, mostrándose al fin, tras de opaca y pavorosa niebla, la irónica figura de Schopenhauer. Es Job que se lamenta ó Fausto que rie. Espantosa carcajada que resuena en las concavidades del infierno.

Acaso apartes con horror tu vista perturbada por tan negro cuadro. Creerás que exagero, que éste tránsito no es tan triste y desolador. A tan baladí objecion, solo una respuesta he de darte; lo he pasado yo: esta ha sido la extraña palingenesis que ha recorrido mi espíritu. Fuí, como tú, dogmático devoto en un principio, para convertirme luego en crítico descreido y mordaz, y por último en excéptico consumado. A fuerza de mucho creer, mi alma, que, como todas, se cansa tambien de la dicha, arrinconó y se emancipó de la égida de su religion infantil, se proclamó libre y autónoma, y apoderándose de ella la voraz ánsia del análisis, no respetó nada; y puestos en tela de juicio Dios y el mundo, fuerza y materia, leyes y fenómenos, ciencia y arte, religion y moral, sociedad é individuo, cuantos problemas é incógnitas constituyen la eterna indagacion del espíritu filosófico de la humanidad, todo fué discutido, negado, pulverizado, descuajado y trasfundido. En toda inteligencia medianamente ilustrada, no lo dudes, se suceden unos tras otros esos tres momentos de evolucion, mas ó menos distintos, que consuman el tránsito de la edad pueril á la época de la virilidad y de la razon; dogma, crítica, duda, Agustin, Kant, Voltaire. Círculo dialéctico é inexorable que inútilmente intentarás romper, porque es la marcha necesaria y lógica del pensamiento tomando posesion de sí mismo.

Me preguntarás: ¿Luego persigo solo fantasmas de mi calenturienta imaginacion? ¿No me resta ya ningun consuelo? ¿Habremos de despreciar y divorciarnos de la vida, ya que esta constituye el mayor de nuestros infortunios, y amar el horrible frio del no ser? ¿Es que la existencia se reduce á un sollozo y un dolor prolongados desde la cuna hasta el sepulcro; es que el indivíduo está condenado al fatalismo mas estúpido y degradante, *víctimas de un gran egoista que nos engaña*; es que la vida de la humanidad realizada en la historia, nuestro soplo el desgarrador espectáculo de una guerra sin tregua, en un combate secular por la propia conservacion, en cuyos anales brillan exclusivamente los escándalos de la fuerza, del éxito y de la brutalidad? ¿Es que para ese gran déspota que tan despiadadamente se divierte con nosotros, representan y significan lo mismo la raza de los mártires que la raza de los tiranos, los Espartacos y los Giordano Bruno, que los Calígulas y los Nerones, los hombres de génio que los mónstruos de la Barbarie, Sócrates y Erasmo, que Atila y Genghis-kan? ¿No hay sancion penal ni premio para nada; no existen el mérito y el demérito, se abisma y se con-

funde todo en la sombra y en el caos? ¿Hemos de dejarnos, con el térrico Leopardi, de *il commun danno é l'infinita vanità del tutto*? ¿Quieres, por último, que abdique resueltamente mi personalidad, que apague la radiante centella de la idea que fulgura en el caldeado crisol de mi cerebro, que ahogue el manantial inagotable de afecciones que hierven en mi corazon, para abandonarme en brazos del ciego y pusilánime pesimismo? ¿Vas á escribir tambien sobre ese ceñudo y espeluznante edificio de ruinas, dolores y lágrimas que ha delineado el famoso lema: «deponed aquí toda esperanza», que el Dante leyera al penetrar en el infierno?

Me apresuraré á contestarte. No conviene mantener en tan cruel incertidumbre al acobardado espíritu. La duda lacerante que tales estragos causa, el criticismo que tan horriblemente ha devorado tus creencias, son ¿quién lo dijera? el instrumento providencial de la verdad. Hay una duda fecunda, que purifica el espíritu, como la tempestad el aire ambiente, ó como la revolucion la atmósfera social.

Despues de destruir es forzoso reedificar. La tormenta habrá barrido lo perecedero, lo deleznable, lo contingente, lo relativo; pero habrá dejado en pié lo que no podia menos de respetar: lo eterno, lo infinito, lo invariable, lo divino. La razon no puede sucumbir: ella, adoptando la frase feliz de un célebre y socarron excéptico acaba siempre por tener razon. Cuando te encuentres en el período álgido de la desesperacion, guárdate de blasfemar; esa ira altanera es sin embargo impotente, y prueba nuestra propia debilidad: nada adelantarás con maldecir; en todo caso valdria mas resignarse. Por descreido y trastornador que sea un hombre, por decidido anarquista que se muestre, luego que hayan trascurrido esas horas de fiebre, cuando la electricidad de su sistema nervioso se haya descargado y sus fluidos se hayan equilibrado, restableciéndose la calma en toda su economia, se arrepentirá de sus extravíos y tributará culto á ciertos principios siempre irrefragables. Nútrese la inteligencia de ideas, como el sentimiento de afectos: necesitamos vivir de esperanzas que presten calor á nuestras paralizadas potencias: ¿qué importa que la alusion sea el brillante y fugaz relámpago que ilumina un instante la tenebrosa noche del alma, si ellas se suceden sin interrupcion en el curso de la vida como destellos de la divinidad, que jamás desampara á los que lloran? ¿Quién sabe si ellas son, como cantaba el poeta:

.....«memoria
acaso triste de un perdido cielo,
quizá esperanza de futura gloria?»

Si es el hombre, segun la patética leyenda de Platon, «un ángel caido que se acuerda del cielo», ¿quién sabe si son secretos presentimientos de la nueva pátria que se avecina en las siempre risueñas playas del porvenir, que cual bella Arcadia ú otra Jerusalen Apocalíptica resplandece ante nosotros con fulgores divinos?

Tengamos fé en nuestros medios de conocer.

Reconstruyamos, sí; imitemos al desengañado Cándido, cultivando de nuevo el abandonado jardin de la inteligencia. Este exceso de vida, esta fuerza latente, esta exhuberante y fogosa actividad que se oculta bajo nuestros cuerpos, hay que utilizarla con provecho; que despues de las grandes crísis, el espíritu vé luz, dispersa por su propia fuerza de irradiacion las tinieblas que le circundan, acalla el triste y monótono lamentar de la acobardada fantasía, y proclamada una vez mas su libertad é independencia en medio del Océano de vida que le rodea, para que la alegría que acompaña al trabajo y el placer del reanimado calor vital vengan á ordenar su conducta y á marcarle el rumbo en el misterioso arcano del tiempo y de lo futuro. Somos poseedores de un rico y cuantioso tesoro de actividad; hay en nosotros embriones y embozos fecundísimos, vocaciones, tendencias, pasiones, facultades, esperanzas que la sórdida y miserable sonrisa del excéptico no alcanzaba á aniquilar.

No te apesadumbres, pues, inolvidable amigo. El estudio y el trabajo son la comunion directa del hombre con Dios: conságra-

te á ellos con firme energía, cultiva la inteligencia con la devocion natural que se excita en el alma ante la mística contemplacion de la verdad, y sentirás como desciende Dios sobre ti; y verás renacer la perdida calma en tu espíritu, y la paz en tu alterada conciencia, reconciliándote definitivamente con lo que un gran filósofo llamó «postulados de nuestra vida moral.»

¿Es, en fin, la vida una lúgubre tragedia? ¿Es una farsa sin sentido, sombras que nos agitamos en el impasible y mudo vacío? ¿O es acaso un complicado drama cuyo desenlace solo conoce el porvenir? En las situaciones críticas podremos afirmar lo primero; de ordinario creeremos lo segundo, pero la última opinion nos parece la solucion más acertada y racional. Cuando la razon habla, creemos oir un oráculo divino. Siguiendo sus inspiraciones, nuestro destino es trabajar, trabajar siempre, para convertir nuestra vida en la escuela del espíritu y en bello y animado poema donde resplandezcan la virtud, la justicia, la sabiduría, labrándonos así nuestra felicidad venidera. Así se explica que seamos los obreros de nuestra propia suerte, aplicándonos á realizar la ecuacion más admirable; la política individual, el *arte de la vida*. «En cada criatura mortal, dice Ed. Quinet, se oculta un Fidias; es un escultor que debe desbastar y pulir su mármol ó su barro hasta hacer salir de la confusa masa de sus groseros instintos una persona inteligente y libre.»

*Macte ánimo*, jóven. La batalla será ruda, las contrariedades grandes, pero no olvides el aforismo antiguo. «Omnia vencit labor.» Y ¡cosa singular! ten la seguridad, amigo mio, de que cuando vuelvas á la interrumpida labor, perseverando en estas doctrinas, con las lágrimas del pesar, caldeando todavía tus mejillas, acabarás por exclamar como en la primera venturosa época de tu vida, ¡oh ideal, tú solo existe!

*Luis Enrique Ripollés.*

## CEMENTERIOS NEUTRALES.

Solo los cementerios consagrados al culto de todos los muertos sin distincion de creencias, pueden evitar los deplorables espectáculos que se presencian continuamente, garantizar la verdadera libertad de conciencia y conciliar ese sentimiento de respeto á los muertos que ha existido y existe en todos los pueblos con el derecho de la religion á enterrar á los fieles segun los ritos de su Iglesia.

El sistema de los cementerios confesionales ó consagrados á cada culto por medio de una bendicion general, ocasionará siempre aquellos conflictos de que ya hemos hablado entre la Iglesia y el Estado, dará lugar á aquellos desentierros, tan opuestos á las leyes de la caridad y á los preceptos de la higiene, que se verifican todos los dias en nombre de la religion, provocará aquellas discusiones tristísimas con una familia ya desolada, sobre la fé y la conducta del difunto, agobiándola de desconsuelo en aquellos dolorosos instantes; lamentables escenas que han de herir las misma fé y piedad de los buenos creyentes.

Pero no es esto todavía lo mas grave. Con los cementerios confesionales ó separados por cultos se oprime la conciencia humana en la hora suprema de la muerte, sobre todo en los paises dónde como en el nuestro predomina la religion católica. El hombre al morir no tiene derecho de pensar libremente en Dios y en su conciencia, porque teme ser enterrado con oprobio y censura en aquel cementerio, especie de muladar, destinado esclusivamente á los réprobos y condenados, porque teme que caiga una nota infamante sobre el nombre de su familia, porque teme dejar una mala memoria de su vida, porque teme, en fin, no poder descansar al lado de sus padres ó de sus hijos ó de su esposa y verse desterrado del sagrado panteon de sus ascendientes.

Existe, no puede negarse, y muy arraigado en ciertas personas, ese deseo de querer descansar al lado de las que nos fueron mas queridas en vida; pero el cementerio

confesional no respeta ese noble sentimienio, y el hombre se encuentra muchas veces en la cruel alternativa de renunciar á ese vivo deseo, al consuelo de que sea la misma losa la que cierre sus cenizas y las de su familia, ó ahogar en la conciencia la nueva fé por purísima que sea, y ser hipócrita y mentir en el momento mas solemne de la vida, en la hora de la muerte. Estas son las consecuencias de nuestro sistema de cementerios.

Los mismos buenos católicos sufren tambien los efectos de esta organizacion. Conocemos á una jóven de nobilísimos sentimientos que tiene á su madre enterrada, por haber muerto protestante, en el cementerio de los réprobos y apestados. La hija es piadosa creyente, pero como buena hija venera la memoria de su madre á quien habia idolatrado y de quien habia recibido cristianas virtudes y buenas enseñanzas. Esta jóven, como católica, no podrá cuando muera reposar al lado de su madre; los Cánones de su Iglesia prohiben que los cuerpos de los fieles sean enterrados en los cementerios de los pecadores. Ha de faltar á los preceptos de su religion, ó ha de desoir y ahogar la voz poderosa de ese natural sentimiento que la llama al lado del sepulcro de su querida madre. ¡Cuantas veces con lágrimas en los ojos la jóven católica nos ha hablado de este conflicto!

Con este sistema de cementerios separados por cultos, ó se lastima el sentimiento general de respeto á los muertos, independiente de toda creencia religiosa, desenterrando y perturbando la paz de las tumbas, sepultando á los que mueren fuera de la Iglesia con cierto carácter de abandono y deshonra, y separando otras veces los restos de personas que se amaron entrañablemante y vivieron siempre unidas; ó se ha de atacar el sentimiento religioso, exigiendo inhumaciones en tierra bendecida no permitidas por los preceptos de la Iglesia.

Unicamente los cementerios neutrales y comunes, consagrados á todos los muertos, pueden armonizar estos graves conflictos, garantizando la libertad de conciencia y salvando este natural sentimiento de respeto á los muertos sin atacar en manera alguna los derechos de la Iglesia, ni impedir los ritos y ceremonias religiosas dedicadas á las almas de los difuntos.

Porque cuando hablamos de cementerios neutrales abiertos á todos los muertos, no queremos decir cementerios civiles é irreligiosos, de donde se haya desterrado la intervencion del Poder espiritual y de los ministros del culto. En todos los pueblos toma parte la religion en las ceremonias fúnebres, y en todos los tiempos se ha invocado la proteccion de Dios sobre los sepulcros. La humanidad ha mirado siempre como inseparables el culto de los muertos y la idea religiosa, verdadero consuelo para los que creen en la inmortalidad del alma y en la vida futura. Intentar, pues, escluir la religion del lado de la muerte y acabar con los ritos fúnebres, seria herir un sentimiento universal. Los cementerios neutrales no rechazan, pues, la intervencion religiosa; cada Iglesia puede bendecir las tumbas de sus creyentes; solo que en vez de la bendicion general que se dá á los cemeterios confesionales, existirian las bendiciones particulares que los ministros de los cultos dispensarian á las sepulturas de los què murieran dentro de su comunion.

Este sistema de cementerios es el único que salva y concilia todos los conflictos, el único que pueden admitir los que aceptan la libertad de cultos, y el que deberia pedir la misma Iglesia para que su jurisdiccion fuese respetada y para evitar las continuas profanaciones que hoy experimentan sus Campos-santos bendecidos.

Los cementerios neutrales ya existen en muchos paises, cada dia van generalizándose, y la misma Iglesia los ha aceptado, teniendo tal vez presente que el mismo San Agustin decia, *que era la oracion lo que aprovechaba á los muertos, no el lugar en que se les enterraba*, y que ilustados prelados como Monseñor Graudry y Monseñor Affre habian dicho tambien, «que el cementerio no es lugar especialmente destinado á los cultos, sino una sepultura de los ciudadanos.»

En Paris son neutrales los cementerios, abiertos á todos los cultos y á los muertos que no lo tienen, bendiciendo el cura católico la sepultura en cada inhumacion. Neutrales tambien son en muchas ciudades de Suiza, de Bélgica y de los Estados-Unidos, en cuyos cementerios se hallan confundidos los restos de los católicos con los de los protestantes, de los espiritistas y libre pensadores. En la misma Italia ya de hecho han quedado neutralizados los cementerios. Dependen hoy de las autoridades municipales y la inhumacion es un acto puramente civil á que tiene igual derecho todos los ciudadanos. En Roma, en la capital del orbe católico residencia del Pontífice, ya los cementerios se hallan bajo la esclusiva vigilancia de la administracion civil, sin que se cierren sus puertas á ningun cadáver. Y en otras naciones, sobre todo en España, la intolerancia religiosa todavia arranca de las sepulturas cadáveres en descomposicion despues de un mes de enterrados, y arroja todavia á cualquier rincon inmundo los cuerpos de los que creen indignos de tierra santa, atropellando las leyes de la humanidad y de la salud pública.

Y si á la existencia, ya aceptada por la Iglesia, de los cementerios neutrales en varias ciudades, se añaden las consideraciones que hemos indicado en anteriores escritos, de que es inesplicable la separacion entre los muertos cuando existe la comunicacion entre los vivos por opuestas que sean las creencias, cuando los mismos Pontífices viven en tratos con los infieles y hereges y les reciben hasta con honores en sus palacios, y de que ya no puede decirse con San Leon: *Quibus vivis non comunicamus nec mortuis comunicare debemus*; si se tiene en cuenta además que en nuestra misma pátria, á pesar del dominio que ejerce la Iglesia, han quedado ya de hecho profanados todos los cementerios católicos con las contínuas inhumaciones de usureros, duelistas, lidiadores, suicidas, cómicos é impenitentes y hasta ateos, á quienes los Cánones de la Iglesia niegan terminantemente la sepultura sagrada, habrá de convenirse en que el sistema de los cementerios esclusivos para cultos es verdaderamente insostenible.

Por esto abogamos por los cementerios neutrales y comunes, abiertos á todos los muertos sin distincion de creencias. Los pedimos en nombre de la libertad de conciencia, para poder pensar libremente en Dios al abandonar esta tierra; los pedimos en nombre de la religion católica; para no dar lugar á hipocresias y profanaciones de cosas santas en los últimos instantes; los pedimos en nombre del sentimiento de familia, para poder descansar al lado de las personas que más queremos; lo pedimos, por último, en nombre de la caridad cristiana y del respeto debido á los muertos, para no presenciar ni desentierros que perturben la paz de las tumbas ni sepulturas que deshonren.

*A. J. Torrella.*

---

## EL DESTINO DEL NIÑO.

### Leyenda.

I.

Velaba la infeliz madre el lecho en donde agonizaba un hermoso niño, cuya edad no pasaria de un lustro. La noche era negra como ala de cuervo, y la tormenta se acercaba, oyéndose rodar en el espacio el estrepitoso estallido del trueno, y escuchándose á intérvalos los ladridos del perro y el graznido de la corneja, que pasó rozando con sus alas los hierros de la ventana.

Estos augurios siniestros amedrentaron á la desventurada é hiciéronla inclinarse hasta el pobre enfermito, cubriéndole con su cuerpo, como si preservarle quisiera de las garras de la muerte, que en su maternal instinto, creia sentir revoloteando sobre la cabeza de aquel ángel.

Aquella madre, como la madre del *Rafael* de Lamartine, tenia la esperanza puesta en este su hijo, porque la multitud de personas—vista la vivacidad del pequeñuelo—habianla profetizado para aquél un provenir brillante: por eso, desvanecida con esta idea, sentia doblemente la pérdida del niño, y velaba recostada sobre la camita, como el ángel tutelar vela por los que á su custodia tiene encomendados.

## II.

Mas el dolor rindió su alma, así como el insomnio rindió su cuerpo. Entónces, insensiblemente, cerráronse sus párpados.... y se quedó dormida. En vez de reposar siguió padeciendo: tuvo un horrible sueño.

Calderon lo ha dicho: en este mundo sueñan todos lo que son, á pesar de que ninguno lo entiende. Como es natural, aquella mujer soñó con su hijo.... ¡Y qué sueño, gran Dios!

Vióle crecer con rapidez pasmosa, hasta contemplarle un garrido mozo. Por inclinacion materna siguió Antonio—que éste era el nombre del niño—la carrera eclesiástica, porque María, su madre, juzgábale ya en su solícita ternura un San Agustin ó un San Jerónimo. ¡Error lamentable....! Lo que creyeron vocacion, no era sino una simple condescendencia filial.

Y Antonio fué sacerdote, pero un mal sacerdote, porque de tal no tenia sino la vestidura, pero en manera alguna la resignacion y el sufrimiento que Jesucristo quiere resplandezca en sus ministros!

Antonio tenia una hermana, Julia, á quien Maria queria tambien entrañablemente, es decir, como quiere una madre. Pues bien, el mal cura, el calavera incorregible, llevósela en calidad de ama, creyéndose todos que la divina gracia habia descendido hasta él y trazádole el buen camino. ¡Horror....! Antonio enamoróse perdidamente de su hermana, y llegó.... ¡quién lo creyera! hasta el incesto.

Sabido ésto por su propio padre, vuela á donde se encuentra semejante mónstruo, y pretende arrancar de sus brazos á la pobre Julia, víctima de tamaña avilantéz. Antonio, loco, furioso como el chacal á quien van á arrebatar la presa que está devorando, nada mira, nada escucha, y hunde la hoja de acerado puñal en el pecho de su desventurado padre.

Habia subido con agigantados pasos la escala de la degradacion hasta el último peldaño: primero fué sacrilego......, luego incestuoso..... despues parricida.

## III.

Las tinieblas envuelven el cuer[illegible]po del miserable preso que yace en oscuridad m[illegible]ansion, ar[illegible]ecida parojado sobre mezquino lecho de humed[illegible]arneja. A través de los gruesos barrotes que gu[illegible]a, cen la pequeña ventana de aquella mazmorra, escúchase el gotear de la lluvia, que suena como eterno martillo en la conciencia del criminal.

Los ojos de María hácense paso entre aquella oscuridad y llegan hasta contemplar el sér que allí mora: es su hijo. Parece dormir, y sin embargo vela. Por su mente pasan en atropellador tumulto las escenas todas de su vida, y sin duda hieren tanto su conciencia, que procura desecharlas, arrojando sobre la pobre María la inmensa culpa de su loca ceguedad.

—¡Desgraciado de mí!—exclama—mi madre me perdió... Yo nací para la sociedad, para la vida, y ella me condenó á la oscuridad, á la muerte.... Hervia dentro de mi pecho el fuego de las pasiones, y quisieron por la fuerza apagarlo. Hé ahí el origen de mis males todos. Si para mí no hubo compasion, ¿por qué debia yo tenerla de los demás? Esto es como querer que muestre mansedumbre el toro á quien excitan á la rabia por medio del dolor, aguijoneándole fuertemente, recluido dentro de estrecho círculo..... Sí, mi madre deseaba tener un santo en la persona de su hijo y ahora se encuentra con un demonio..... En parte bien sabe Dios que me alegro, porque el pecado mismo lleva su penitencia.

Esto lo oia clara y distintamente María y se retorcia de dolor, en tanto que la puerta de aquella estancia se abre, dando entrada á dos personas. una de ellas es el escribano, que lee á Antonio con voz hueca y campanuda su sentencia de muerte; ántes de ejecutarse ésta debia el reo sufrir la *degradacion*, con arreglo á la legislacion canónica.

Miéntras el espanto llena el corazon de la madre, el hijo muestra la mayor indiferencia, el desprecio más repugnante.

## IV.

Luégo María vé una ancha plaza y una multitud abigarrada y voceadora que rodea un alto tablado, cual si esperase un gracioso espectáculo que ha de entretener su ociosidad.

Pasa una hora, y aquella chusma se impacienta, deshaciéndose en aullidos y denuestos, porque tarda mucho en aparecer el reo, como rugen las enjauladas fieras, mostrando su impaciencia por el retraso del domador que ha de traerles la cruda carne para pasto de su voracidad.

De súbito, el espacio retiembla á impulso de atronador murmullo, seguido de rápido oleaje, producido por afanoso deseo de contemplar el

fúnebre cortejo, ya cercano. ¿Habeis visto mecerse el verde trigo en dilatado campo, merced al fuerte viento, en las tardes de Mayo? Pues así se movia la multitud en aquel lugar: las cabezas apiñadas estaban como las espigas.

La comitiva desemboca por fin en la plaza, y los soldados hacen esfuerzos por abrir paso entre aquella barrera de carne humana. Cabalgando sobre un asno se vé al principal actor de esa tragedia..... Así entró Cristo en Jerusalem para morir tambien despues..... ¡Pero, qué diferencia! El Maestro era todo bondad, todo resignacion: en cambio en el discípulo se personifica el cinismo, la depravacion más completa.

—¡Antonio!..... ¡hijo mio!....—exclama la infeliz María, presa de indecible ansiedad.

Y el reo oye la exclamacion, y vuelve el rostro al sitio de donde aquella partió. Al contemplar á su madre entre tanta gente, por su culpa allí congregada, la vergüenza debió enrojecer su faz y las lágrimas turbar su vista; mas no sucedió así. Antonio habia perdido por completo su dignidad, y con ella la ternura y el sentimiento. Por eso al gemido de su madre, al grito arrancado por el dolor á las entrañas de aquella mujer, el hijo sólo encontró en sus labios frases asquerosas y repugnantes.

—¡Esa mujer dice que es mi madre!..,. ¡mentira! no la conozco.

—¡No me conoce, Dios mio! Sí, sí, yo tu madre, Antonio,—grita María.

—Pues bien, si lo eres..... ¡maldita seas!

El reo prosigue su fatal camino. La madre llora amargamente aquella postrera decepcion del malvado que creció en su seno: la infeliz siente desfallecer sus fuerzas y está próxima á caer. Pero, hay algo que la anima, algo que la sostiene sin ella darse cuenta. Es madre, y su hijo está todavía allí, á pocos pasos de ella.

Mírale subir al cadalso: cada escalon que avanza es un dardo que se embota en su corazon. Por fin llega arriba, y el verdugo le asienta de golpe, en el miserable banquillo..... Un momento despues Antonio exhala el postrer suspiro.

Cuando su cabeza se dobla, tronchada por el esfuerzo que el ejecutor de la justicia imprime al fatal tornillo; cuando en su semblante llega á retratarse la espantosa expresion de la muerte; cuando el horror conmueve á tanto espectador, un solo grito logra dominar el espacio, á travès de tanto pecho emocionado.

—¡¡Jesús!!!..—exclama delirante la infeliz María, cubriendo con ambas manos sus espantados ojos.

V.

Este supremo esfuerzo, esta emocion grandísima, arráncala del pavoroso sueño, volviéndola á la realidad. Los primeros instantes son de vacilacion, de duda. No sabe donde se encuentra. Ha pasado algunas horas completamente extraviada, rodando por insondables abismos, y no es extraño que esté desorientada, como el caminante perdido durante la noche en medio de los campos cubiertos de nieve, no encuentra el anhelado albergue por más que sólo diste de allí unos cuantos pasos.

Pero cuando la luz llega á hacerse en medio del caos en que su propio pensamiento la ha tenido envuelta, sus ojos tropiezan con el lecho donde se encuentra el niño, y de sus lábios sale un grito, mezcla de alegría y sobresalto. Su Antonio está allí, es una criatura inocente y no un malvado como su mente acaba de forjarla.

El aspecto del niño parece tranquilo: en su rostro angelical vaga una leve sonrisa, cual si durmiese arrullado por una música alegre y juguetona. Así lo creyó María, y por un instante quedóse contemplándole, muda é inmóvil, como temorosa de que despertara.

Mas luégo vínole el deseo de darle un beso, y al posar sus lábios sobre la pura frente un frio marmóreo esparcióse por todo su cuerpo... El niño, durante el sueño de la madre, habia abandonado silenciosamente la tierra para volar al cielo.

—¡Muerto!.... ¡muerto!.....—exclama.—Qué desgraciada soy!

Llora María sobre el inanimado cuerpo de su hijo, y llora sin consuelo, todo ha concluido para ella en este desdichado mundo: su esperanza, su vida, su alegría cifradas estaban en la existencia de aquella criatura..... ¿Qué dolor habria comparable á su dolor?

Esto pensaba la infeliz madre en los primeros momentos; pero, cuando se calmó algun tanto, cuando su pensamiento volvió á presentar las reminiscencias de su pasado sueño, entónces comprendió que aquello era mucho más espantoso, y en el mismo mal encontró el lenitivo para su dolor.

—¡Perdon! ¡Dios mio!—Dijo elevando los ojos al cielo.—¡Perdon por haberte calumniado! Si el destino de mi hijo era tal como lo he presenciado, bien has hecho ahora en llamarle á tu

lado.....Este es un ángel, de otro modo...., hubiera sido una fiera.

*Agustin Medrano y Otaola.*

(Del *Nuevo Ateneo*)

---

## LA SOCIEDAD DE JESUS. (1)

—

### II.

De suerte que el voto de pobreza, en boca del Jesuita, significa precisamente todo lo contrario de ser pobre, y respecto de la Sociedad, poseer inmensas riquezas, las necesarias para edificar suntuosos edificios en todos los paises, comerciar en todos los mares, sostener sus grandes pensionarios en el Vaticano y en las cortes de los reyes para intrigar en su favor, y llevar la perturbacion y el desórden á los Estados donde la libertad amenaza destruir todo tráfico religioso, destruyendo el fanatismo, que es su base.

Tenemos tambien que el voto de castidad no obliga de tal suerte á los hijos de Loyola, que no se permitan una que otra vez darlo al olvido. Sobre este capítulo se refieren y leen anécdotas en abundancia, que atraen sobre el voto, no respetuosa admiracion, sino el ridículo y el epígrama. Los Jesuitas no son seres privilegiados, ni mucho menos; son hombres á lo sumo como los demás, débiles, accesibles á las pasiones sensuales, y fáciles á la tentacion, cuando esta toma á sus ojos las seductoras formas de la belleza. Es de buen tono entre las damas tener por director espiritual á un Padre de la Orden, y esta direccion crea intimidades peligrosas, no siempre tan inocentes como convendría á la mayor gloria Dios y á la salvacion de las almas. El diablo, que no duerme cuando se trata de volver el juicio á algun santo varon, aviva con su soplo la llama de los deseos que engendran aquellas intimidades; y no es raro que de todo ello resulte una doble caida y por ende malparada la integridad del voto.

Y respecto del voto de obediencia al Jefe supremo de la Iglesia, ya hemos determinado su verdadera significacion y alcance. Es una especie de contrato bilateral tácito, en cuya virtud la Compañía se obliga á obedecer al Papa, en tanto que el Papa subordine sus mandatos á la conveniencia de la Orden. De adulacion mal encubierta y vasallaje aparente para obtener el favor de la corte pontificia, lo califica un docto publicista. Y la historia se encarga de advertir á los pontífices la necesidad de aliarse á los Jesuitas, alianza que garantiza á los primeros ejercicio tranquilo de su altísimo ministerio, y á los segundos la soberanía real de la Iglesia y la direccion política de los Estados católicos. Así lo comprendió Benedicto XIV cuando, al proponerle que firmara la bula de reforma de la Orden en Portugal, declaró que no la firmaria hasta que se encontrase en su última enfermedad, añadiendo estas significativas palabras: «Tengo *para vivir mucho tiempo* una confianza *muy particular* en las oraciones de esos buenos Padres.» Si Clemente XIV hubiera tenido igual confianza en las oraciones de la Compañía, y, en vez de publicar el Breve de abolicion, se hubiese encomendado á ellas, de seguro habria vivido más y su muerte hubiera sido ménos horrorosa.

No es, de consiguiente, la Orden fundada por Ignacio de Loyola una institucion de piadosa índole, establecida para ser el sosten del Pontificado y de la Iglesia, sino una sociedad política, ambiciosa por estremo, que basa en la Iglesia la razon de su poder y pretende hacer de la Santa Sede el instrumento de sus planes de dominacion suprema. La monarquía universal con el Papa por jefe, y por valido ó primer ministro el General de los Jesuitas, esta es la idea madre de esa tenebrosa Sociedad. Pero esta idea no podia proclamarse á la faz del mundo, hasta verla realizada; porque todos los Estados, así monarquías ó imperios coma repúblicas, amenazados en su autonomía y peculiares intereses, se habrían puesto de acuerdo desde el principio al objeto de ahogar en su nacimiento al enemigo comun: era fuerza velar el monstruoso ideal de la Compañía

---

(1) Véase el número 8.

guardarlo en el más profundo secreto, no dejarlo adivinar sino á los iniciados de más elevado rango, y bordar hipócritamente en el estandarte del escuadron sagrado un lema religioso que cautivase á las masas ignorantes y no despertase recelos en las potestades temporales. A partir de entonces, la Compañia de Jesús fué una como masonería negra por lo tenebroso de sus designios, en oposicion á la mosonería que aspira á entronizar en el mundo la libertad y la justicia. El aprendiz ignora el pensamiento del maestro, y solo el primero de los maestros, el General de la Orden, es quien abarca en toda su plenitud la organizacion y aspiraciones de la secta. Una série de iniciaciones sucesivas fijan dentro de la Sociedad la situacion y gerarquía de cada uno de sus miembros.

A la muerte de cada pontífice, el estado mayor de la compañia pone en juego todas sus valiosas influencias para recabar una eleccion favorable. Un Papa de enérgico carácter, de varoniles arranques y amante del progreso, podria restablecer la bula de Clemente y dar al Jesuitismo un golpe de muerte, conviene, pues, evitar á toda costa que llegue á empuñar la caña del Pescador algun aspirante que reuna aquellas temidas condiciones. La eleccion mas acertada y conveniente es la que recae en un trémulo anciano amante del sosiego, pusilánime, enemigo de peligrosas reformas, que por adhesion ó por temor se deje caer en los vigorosos brazos de la Orden y guiar de sus consejos. Antes de la eleccion, lisonjas, dádivas, promesas, y acaso mal encubiertas amenazas: despues de la eleccion, insinuaciones al nuevo soberano dándole á entender que solo teniendo de su parte á los Jesuitas alcanzará un reinádo próspero y pácifico. Y aun en el caso de que resulte elegido Papa un candidato más ó ménos contaminado con el hálito del siglo, que acaricie ideas de libertad y justicia, las dificultades que levantan á su paso, la atmósfera de desconfianzas en que le envuelven; el vacío que procuran crear á su alrededor, los fatídicos rumores que hacen llegar á sus oidos, le obligan á someterse por cansancio, por interés ó por temor, á la direccion de la Orden, cuya abolicion habia tal vez ardientemente deseado. Los contrastes que ofreció el reinado de Pio IX, sus primeras veleidades en sentido liberal y reformista y sus ulteriores actos de intransigencia ultramontana, son una demostracion palmaria del inmenso poder de la Compañia de Jesús, que acaba por gobernar el mundo católico sea quien fuere el jefe supremo de la Iglesia. No en vano dejó escritas uno de sus Generales las siguientes máximas entre las notas secretas de la Orden: «*En buen hora que el Padre Santo dé su alta bendicion á la Ciudad y al mundo. Gobierne, por medio del Papa, al mundo y á la Ciudad la Compañia de Jesús.—Procuren los Generales de la Orden que los soberanos Pontífices no se atraigan poco á poco el gobierno de la mínima Compañia. Subsista por si misma.—Conviene que los Generales de la Orden cuenten en la corte romana por todos los medios, á toda costa y con el oro si es menester, á los eminentes cardenales y á los prelados en clientela.*

Mas de quince siglos subsistió el Catolicismo antes que Ignacio de Loyola instituyese su formidable Sociedad, y de consiguiente podia haber continuado subsistiendo perpétuamente sin ella; pero tal maña se han dado los Jesuitas en subordinar á sus intereses y existencia los intereses y existencia de la Iglesia y del Papado, que con dificultad podrá en lo sucesivo romperse el fatal lazo que identifica sus destinos. Son la hiedra y el árbol confundidos en estrechísimo lazo, que no puede cortarse el tallo de la primera sin herir el tronco del segundo. Los jesuitas son enemigos mortales de la libertad, fundamento del derecho político de las sociedades modernas, y la libertad ha sido condenada por boca del jefe supremo de la Iglesia. He aquí, pues, á la libertad de un lado, y de otro al Pontífice y la Compañia de Jesús. Y ¿cuál habrá de ser el resultado de esta lucha? ¿Triunfará el genio de la teocracia, para fundir de nuevo las sociedades en los estrechos moldes del antiguo régimen, ó triunfará el genio del progreso,

el genio de la civilizacion y del derecho calcado en la igualdad y la justicia, para conquistar definitivamente la posesion del mundo? El sol ilumina ya las altas cimas de las montañas: él descenderá á las llanuras é inundará los valles.

El reinado de las tinieblas acaba con la noche, y ya apunta el dia. Nocturnos buhos, murciélagos asquerosos, huid á ocultar vuestra fealdad; porque el dia es de las avecillas que aman la luz y la festejan con himnos de agradecimientos y amor.

### III Y ULTIMO.

*Entramos como corderos, mandamos como lobos, seremos echados como perros y volveremos como águilas* » Esto decia el tercer General de la Compañia, Francisco de Borja; y por si se hubiese olvidado, el Sr. Mañé y Flaquer, actual director del *Diario de Barcelona*, que llamaba *hombres tenebrosos* y *polilla societaria* á los Jesuitas antes de ser su defensor, lo recordó en un artículo biográfico de Ignacio de Loyola, biografía nada lisonjera para el Santo, á quien presenta como un ente ridículo y quijotesco, de razon poco afirmada, obrando unas veces por calculada hipocresía, y otras á impulsos de un excesivo y estúpido fanatismo. ¡Quién habia de presumir que el Sr. Mañé llegaria á entonar el *mea culpa* con toda la fuerza de sus pulmones y á convertirse en uno de los adalides de la secta! Pero allá se las haya con sus Jesuitas el que tan cruelmente los flagelara en otra época: es digno de ellos, como lo son todos los apóstatas de la causa del progreso.

*Entran como corderos*: esta es la táctica jesuítica, este es el proceder de los hijos de Loyola al introducirse en un pais que no conocen, ó donde temen que su presencia ha de despertar desconfianzas y recelos. Llegan precedidos de una fama verdaderamente evangélica: son sacerdotes ilustrados que marchan con el siglo, amantes del cultivo de las ciencias, amigos de todas las reformas útiles, tolerantes, mansos como Jesús, caritativos, ajenos á toda mira política, desinteresados, respetuosos, fieles guardadores de las leyes, sacerdotes, en suma, sin otra ambicion que la del cumplimiento de sus deberes apostólicos, sin otro propósito que el de labrar la felicidad de las almas y contribuir eficazmente en su esfera á la prosperidad de la nacion. Sus palabras son dulces como el almíbar; sus obras, fraternales y sábiamente cristianas. Además, vienen pocos, muy pocos lo puramente indispensables para fundar tres ó cuatro casas de mision; á lo sumo, dos docenas de hombres, que se distribuirán por todo el territorio en grupos de cuatro ó cinco, para auxiliar á los párrocos en la predicacion y en el confesonario. Seria estremada desconfianza recelar de sus intenciones, y seria injusto negarles una hospitalidad que no ha de costar nada al pais, porque ellos no piden nada. ¡Pobrecitos! se contentan con que se les permita establecerse por su cuenta, sin gravámen de agenos presupuestos: ellos harán de su capa un sayo; que para vestir pobremente y alimentarse con la frugalidad propia de un instituto que hace voto de pobreza, no ha de faltarles lo que no falta al gusano que se arrastra por el suelo, ni á la avecilla que flota en la region del aire, la providencial solicitud del Padre de las criaturas.

Ya están dentro: la hospitalidad que tan humildes solicitaban, les ha sido esplícita ó implícitamente concedida. Viven en casas de modesta apariencia, apartadas de todo bullicio y de la mirada de las gentes. ¿Cuántos padres hay en cada casa? Nadie lo ha podido averiguar: lo único que se ha traslucido por algun curioso desocupado es que la mayor parte de los huéspedes que las habitan cambian con frecuencia de rostro, lo cual hace presumir que si el nido es siempre el mismo, no sucede otro tanto con los pájaros. En el confesionario son tan insinuantes, tan discretos, y sobre todo tan melífluos, que todas las damas de buen tono, y las que presumen serlo, se desviven por tener entre ellos su director espiritual, no quedando para los párrocos y para el clero secular sino las mujeres del pueblo, las que no calzan perfumado guante ni visten seda y tercio-

pelo. A la direccion espiritual siguen las visitas, á las visitas, la confianza, á la confianza magnificos presentes y una influencia omnímoda en el hogar, cuya primera y mas importante figura es el Padre director. ¿Qué se necesita hacer alguna reparacion en la casa-convento, construir algun altar, agrandar el edificio, celebrar con esplendor y pompa algun aniversario, centenario o milenario? Ahí están las aristocráticas penitentes de los Padres, filon de oro para todas las necesidades piadosas. ¿Qué ménos pueden hacer en obsequio de los seráficos varones que las conducen tan deliciosamente al cielo, que derramar á sus piés el vil y codiciado metal? Y merced á ese avasallador influjo que ejerce entre las damas, el Jesuita, tan moderado al principio en sus aspiraciones y tan discreto y evangélico en el ministerio de la palabra, comienza á dirigir codiciosas miradas á ciertos edificios públicos aventurando indicaciones más ó ménos expresivas respecto de la necesidad que tiene la Compañia de ocuparlos para ensanchar la esfera de su accion en utilidad de los pueblos, y comienza desde el púlpito á atacar, primero indirectamente y luego en términos categóricos, la enseñanza laica nacional, presentando las escuelas del Estado como focos de inmoralidad y corrupcion, de donde no puede salir sino una juventud viciosa, irreligiosa y atea. Desliza al mismo tiempo en sus conferencias insinuaciones de sabor politico, pero hipócritamente disfrazadas de religiosidad y de santo celo por la salvacion de las almas. Es el coleóptero que va fabricando su pelota mientras se le deja tranquilo en su trabajo; es el astuto cazador que tiende sus redes para cojer en ellas á las incautas aves. Aquí la pelota es el dominio universal, y los pájaros los pueblos.

Tiene á la mujer, tiene á la madre de su parte, y no tarda en apoderarse del hijo, á cuyo efecto abre la compañia colegios de educacion y enseñanza dirigidos por los Padres. Alarmadas las femeniles conciencias con el negro cuadro que de la escuela y del instituto láico se les ha bosquejado en el confesionario y en el templo, han puesto en juego todas sus relaciones hasta lograr que se autorizase ó tolerase el establecimiento de colegios de la Orden, que se llenan de discipulos, hijos de la aristocracia y de familias ricas á influyentes. Porque, y conviene hacerlo notar, así como no entra en los cálculos del Jesuita dirigir la conciencia de una mujer del bajo pueblo, tampoco gusta de educar al hijo de una familia pobre. Por esto procura que su enseñanza no se halle al alcance de las familias de posicion humilde. Los pobres no tienen ni influencia ni dinero, dos cosas de que la Sociedad de Jesús necesita en abundancia para la salvacion de los pecadores y mayor gloria de Dios.

El maquiavelismo jesuítico, la doblez y perseverante astucia de los hijos de Loyola acaban por producir sus naturales frutos: de mansos huéspedes se han convertido en arrogantes dominadores. Ya no son dos docenas de misioneros que predican la moral del Evangelio; son centenares de soldados que se baten audazmente por un ideal politico, la teocracia, encarnacion y resúmen de todas las intransigencias, de todos los fanatismos, de todas las hipocresías, de todos los odios que el espíritu del pasado evoca para oponerse á los desenvolvimientos del progreso. Sus casas son puntos estratégicos, de donde salen ordenadas las huestes que han de batir, hasta arrasarlos, los baluartes de la civilizacion moderna. A las homilías, á las conferencias morales de los primeros tiempos, á la tranquila elocuencia del sacerdote cristiano han sucedido las catilinarias, las peroraciones agresivas, los bélicos arranques de la elocuencia tribunicia que pone en combustion las pasiones y agita los conmovidos ánimos. ¡Oh! no puede negarse que los Jesuitas son los primeros y mas hábiles intrigantes. Desplegando sucesiva y gradualmente los recursos de su ingeniosa táctica, han subyugado al sexo débil por la adulacion y el temor, se han apoderado de la juventud por la educacion, han dominado en la familia por la condecendencia ó por la ignorancia del hombre, y haciendo de la familia el escabel de su ambicion desordenada,

se atreven á exigir de los gobiernos, en cuyo seno han sabido granjearse poderosos valedores; una proteccion resuelta y eficaz, hasta sacrificar en aras de los intereses de la Orden los intereses generales del país. Los falsos corderos han tirado la piel de su fingida mansedumbre, y *mandan como lobos*.

Su audacia y voracidad siempre crecientes serán, sin embargo, el fundamento de su ruina, escitando el instinto de conservacion, que, en los momentos supremos, señala á las sociedades el abismo en que ciegas se precipitan y las salva cuando su muerte parece inevitable.

Comienza á oirse el sordo rumor que precede á las grandes crísis sociales. Susúrrase que la enseñanza que dan los Padres en sus afamados colegios, sobre ser escesivamente cara, no responde á las necesidades del tiempo, pudiendo deducirse, á juzgar por los resultados, que en dicha enseñanza, aparte de la mira de formar una juventud supersticiosa, devota de la Orden, entra por mucho el negocio, negocio doble, de dinero y de influencia. Que del primitivo espíritu de pobreza, de que tanto alarde hiciera la Compañía, no queda mas que la memoria, habiéndole sustituido una insaciable codicia de bienes materiales. Que los Jesuitas van absorbiendo, en forma de donativos y cuantiosos legados, el jugo, la riqueza de los pueblos. Que su moral práctica no es la más austera, ni su vida íntima la mas pura. Que sus maquinaciones é intrigas en la esfera de la gobernacion del Estado amenazan cambiar radicalmente las intituciones y resucitar las que desaparecieron bajo el peso de la universal execracion. Y los rumores van tomando cuerpo y el descontento crece. Es la tempestad que amontona sus iras; el océano que se hincha y encrespa sus olas para sepultar en sus abismos, á la vista del puerto, la orgullosa nave. Llegadas las cosas á ese punto, ó los gobiernos se resuelven á proceder de una manera enérgica contra los causantes del general desasosiego, ó de lo contrario estalla la indignacion popular, impetuosa como el Simoun que barre las arenosas montañas. En uno y otro caso, aquellos que entraron como corderos y mandaron como lobos, *son arrojados como perros*.

La expulsion de los jesuitas debe considerarse como un acontecimiento inevitable en todos los paises donde logran establecerse. ¿Cómo ha de ser posible vivir perpétuamente en paz con quienes no la otorgan sino mediante una sumision incondicional á su voluntad y á sus antojos, una absoluta servidumbre de alma y de cuerpo, una abdicacion completa de la razon y de los derechos mas nobles de la personalidad humana? En su satánica soberbia, no respetaron jamás tronos ni tiaras cuando los intereses de la monarquía ó del papado estuvieron en oposicion con los intereses de la Orden: leyes, votos, paz, bien público, idea cristiana, todo, todo lo conculcaron y todo lo pospusieron á sus miras de engrandecimiento y á su insaciable apetito de dominio. Por esto el drama del Jesuitismo en las naciones acaba siempre por un decreto de vergonzosa expulsion, ó por la expulsion violenta sin decreto. Que no olviden esta ley histórica los Jesuitas recien venidos á España, expulsados por nuestros vecinos los franceses. Recordémosla tambien nosotros, con la historia en la mano, á fin de que el pueblo español sepa quienes son sus nuevos huéspedes.

En el siglo décimo-sexto, que fué el de la fundacion de la Sociedad de Jessús, fueron los Jesuitas expulsados de Inglaterra, de Amberes y repetidas veces de París. Acusábaseles de perturbadores del órden público, de corruptores de la juventud y enemigos de la familia, del rey y del Estado, Asimismo fueron espulsados del territorio holandés, convictos de haber causado el asesinato del príncipe Mauricio de Nassau.

En el siglo décimo séptimo, el cardenal Borromeo los hace expulsar del colegio de Breda; promueven en Lóndres un complot para hacer volar el Parlamento, y mueren en la horca el superior, Rdo. P. Granet y sus cómplices; el Senado de Venecia los arroja del territorio por haber violado las leyes del pais; y por perturbadores del público sosiego son desterrados de Bohemia, de

Moravia, de Polonia, de la isla de Malta y del Japon.

En el siglo décimo octavo, Benedicto XIV les prohibe esclavizar á los indios del Paraguay, cuyo territorio se ven forzados á abandonar algunos años mas tarde, despues de haberlo esquilmado y empobrecido; se les expulsa de Portugal por conspiradores y haber atentado á la vida del monarca, y aun alguno de sus individuo muere á manos del Santo Oficio; son desterrados de Francia, de España, de Parma y Nápoles, acusados de haber provocado la guerra civil y acumulado grandes riquezas abusando de la ignorancia y del fanatismo de los pueblos. Por último, el papa Clemente XIV expide el breve de abolicion de la Compañía en todas las naciones; declarando que su existencia es incompatible con la paz de los Estados y el reposo de la Iglesia.

Estos son los Jesuitas, estos los hombres que en la actualidad *vuelven* á nosotros *como águilas*, á pesar de la Real pragmática de Cárlos III, no derogada, que los proscribió del territorio español. Estamos constreñidos á presenciar cómo devoran las migajas de la riqueza que dejaron. Apresúrense, pues, á devorarlas mientras es tiempo, ya que en ello consiste principalmente su oficio; mas no olviden, repetimos, que hay una ley histórica que los condena á la expulsion, y que esta ley no dejará de cumplirse. El dia de su expulsion definitiva, España lo señalará con piedra blanca, como el mas fausto para la causa de la libertad y del progreso.

*J. A. y P.*

(De *La Voz del Buen Sentido*).

---

## REMINISCENCIAS.

Cada vez que tenemos ocasion de recrearnos con las amenas é instructivas lecturas de los grandes pensadores, que han pasado por nuestro planeta, y cuyas concepciones respetamos y admiramos con justicia, acuden á nuestra mente un sin número de ideas que pugnan porque las desarrollemos, y, lo hariamos con gusto y en ello gozariamos, sino viéramos brotar á porfia innumerables obstáculos á cual mas inaccesible á nuestras fuerzas que nos hace desistir, con sobrada amargura, de la idea que, en un instante de natural y noble entusiasmo nos hizo olvidar de nuestra pequeñez é insuficiencia, y, despues de enjugarnos las lágrimas que el dolor nos hace brotar, nos sumergimos en un mar de consideraciones que nos llevan, como de la mano, á la para nosotros trascendental cuestion de las diferencias de aptitudes y deformidades físicas y morales que, fuera de la racional y lógica doctrina de la reencarnacion, no sabriamos donde encontrar su solucion.

Verdaderamente, no podemos admitir que, en una sola encarnacion ó existencia,—como algunos creen—pueda el hombre llegar á reunir la suma de conocimientos de los que poséen los que generalmente designamos con el título de sábios ó genios. Nadie ignora que, por años que viva el hombre no tiene tiempo para adquirir conocimientos en todos los ramos del humano saber; pero, si admitimos que el *hombre trae á la tierra conocimientos adquiridos en otras encarnaciones*, nos daremos razon del por qué admiramos en algunos esos conocimientos y aptitudes que nos maravillan, y que nos obligan á prodigarles toda clase de alabanzas y respetos.

Quisiéramos poseer una bien cortada pluma y argumentos sólidos é irrefutables, para poder hacer ver lo que algunos desdeñan estudiar, las saludables doctrinas que con amor sustentamos y defendemos: el error en que viven es digno de lástima, pues que, conscientes se empeñan en alimentarle empleando todos los artificios y las preocupaciones mas abominables. Estos son los que obcecados y dominados por el ciego fanatismo, desvirtuan y anatematizan todo lo que por grande y beneficioso que sea, no lleve el sello de sus antilógicas creencias. Bien las podeis predicar y hacerlas francas explicaciones, pues, todo será inútil y perdereis un tiempo precioso. Dejarlas y no os impacien-

teis, que ya les llegará la hora de *abrir los ojos* y salir de su error; estad bien seguros que ha de llegarles el dia; podrá tardar mas ó menos, pero llegará.

Todo en la vida tiene su término; sólo Dios es inmutable como sus leyes; así pues, no hemos de desesperarnos porque aún haya quien pretenda hacer prevalecer sus erróneas doctrinas y despreciar las que les ofrecemos para mejorar su estado.

La ingratitud tiene, por desgracia, muy hondas raices y el número de sus adoradores es muy considerable.

Despues de lo que hemos dicho bien ó mal, pasemos á desarrollar el tema del título que sirve de epígrafe á este trabajo.

¿Por qué será, nos hemos preguntado muchas veces, qué, apesar de nuestra insuficiencia, nos aventuramos á tomar la pluma y escribir? ¿Qué estudios, qué conocimientos poseemos para hacerlo? ¿Es qué, en efecto, son nuestras ó de otro las ideas que vertimos? Preguntas son estas á las que no sabemos qué contestar categóricamente, empero lo que nos dá algun consuelo es el creer que si bien no hemos podido recibir, en esta existencia, luces suficientes para ponernos en la línea de los que, gracias á su posicion desahogada, han allegado medios con qué recibirlas, que nuestros limitadísimos estudios los hemos hecho en *otros sitios y en diferentes épocas*.

¿Podemos concebir, por ventura, que los vastos conocimientos de que el hombre se hace dueño, puedan ser adquiridos en el brevísimo espacio de una sola existencia? No. Por más que así lo proclamen los partidarios de los privilegios, concedidos sin méritos para alcanzarlos.

Nosotros creemos que la suma de conocimientos, está siempre en relacion con el *trabajo hecho por el Espíritu en sus diversas encarnaciones*.

Algunos teólogos califican de *absurda* y *sacrílega* la doctrina de la pluralidad de existencias del alma; calificativo, á nuestro entender, improvio y que exige una aclaracion por parte del que asi lo califica.

La tolerancia debe ser,—así lo creemos,—el esplendente faro que ha de iluminar las inteligencias; pues que, nadie debe imponer sus creencias por buenas que éstas sean. Más no todos piensan así, y á costa de todo, quieren hacer prevalecer las más abominables concepciones. Afortunadamente la refulgente luz de la Verdad disipando vá las brumas del error y el fanatismo, y por más que se esfuercen los sustentadores de las seculares supersticiones, todo será inútil á evitar su próxima caida.

La ciencia es emanacion del Eterno y no hay más remedio que acatar sus fallos.

Es muy cierto que há siglos que trabajan lentamente en alcanzar trasformaciones en la humanidad, empero no porque este trabajo sea lento, hemos de creer en lo imposible de su realizacion, ni en debilitar la energía de la esperanza que nos embarga.

No desesperemos jamás y tengamos resignacion, que Dios no puede dejar de satisfacer nuestras legítimas aspiraciones.

No puede negarse que el siglo XIX tiene la noble mision de derrocar las instituciones seculares, y, por mas que para algunos parezca el sueño de un cerebro enfermo, es una realidad cuya sancion nos dará el siglo XX.

Las instituciones religiosas, son las que más en desacuerdo están con estos vaticinios, y desde luego se adivina en qué fundan su antagonismo. Las instituciones religiosas han tenido siempre el poder que se han abrogado so pretesto que lo habian recibido de Dios mismo, de subyugar y dominarlo todo, y para conseguirlo, han fomentado el fanatismo y la fé ciega. De aquí que, al sentir lo que providencialmente propaga la Razon en nuestra época, y al adquirir la conviccion de que *aquello se vá*, luchan tenazmente contra todo cuanto en su vértigo creen ser el móvil de la perdicion del poder, que por tanto tiempo han sostenido para oprobio de la humanidad.

La ciencia y la fé ciega se repelen, son antítesis, y pese á quien pese la proclamacion de la *fé racional* en armonía con la ciencia, no está muy léjos.

Pueden, pues, los sectarios del oscuran-

tismo forjar cadenas para aprisionar el pensamiento en la oscura cárcel de la supersticion é intentar alimentarla con sus aberraciones que el pensamiento es libre y tiende su vuelo hácia las puras regiones de la fé racional, en las que mejor se admira el sapientisimo autor de lo creado.

Autores respetables y muy autorizados, nos confirman la doctrina de la pluralidad de existencias del alma, tan en armonia con la de mundos habitados que la astronomia ampara y preconiza, y ¿por qué esos señores que rechazan todo lo que hallan acorde con sus dogmas, han de negar? Suplicamos, por Dios, un poco de respeto y tolerancia para las creencias que sustentamos y que tan felices nos hacen. Decís que son absurdas y antilógicas, pero no os atreveis á probarlo evidentemente; y es por demás sabido que el negar es muy fácil, pero que el probar no lo es tanto. Sucede, empero que vuestros raciocinios reciben de contínuo, la acojida que merecen y que jamás llegarán á hacer mella en las creencias que han recibido del sol de la verdad.

El Espiritismo, la pluralidad de existencias y la pluralidad de mundos habitados, son tres doctrinas que se unen por el lazo indisoluble de la solidaridad, y no lo dudeis, han de contribuir al planteamiento de la fraternidad universal.

Esperemos, pues, con el corazon henchido de tan noble esperanza tan deseado momento.

*José Arrufat Herrero.*

Barcelona Mayo de 1880.

CONFERENCIAS

DE ERNESTO RENAN, EN LONDRES.

—

**Tercera.**

*Roma, centro de formacion de la autoridad eclesiástica.*

—

(Conclusion.)

Años atrás causaron alguna sensacion las palabras de un arzobispo francés, entonces senador que dijo en la tribuna: «Mi clero es mi regimiento.» Clemente lo habia dicho mucho antes que él. El órden y la obediencia: hé aquí la ley suprema de la familia y de la Iglesia «¡Con »qué órden, qué puntualidad, qué sumision eje»cutan los soldados que sirven á nuestros sobe»ranos lo que se les manda! No son todos pre»fectos, ni tribunos, ni centuriones, pero cada »cual, en su categoria, ejecuta las órdenes de »Emperador y de los jefes. Los grandes no pue»den existir sin los pequeños, ni los pequeños »sin los grandes. En todas las cosas hay mezcla »de elementos diversos, merced á la cual todo »prospera. Tomemos por ejemplo nuestro cuer»po. La cabeza sin los pies no es nada; los pies »no son nada sin la cabeza. Los mas diminutos »de nuestros órganos son necesarios y sirven al »cuerpo entero; todos conspiran y obedecen á un »mismo principio de subordinacion para la con»servacion del conjunto.»

La historia de la gerarquía eclesiástica es la historia de una triple abdicacion; la comunion de los fieles, resignando primero todos sus poderes en manos de los ancianos ó *presbyteri*, el cuerpo de presbíteros, llegando en seguida á resumirse en un solo personaje, que es el *episcopus*, y despues los *episcopi* de la Iglesia latina, llegando á reconocer por jefe á uno de ellos, que es el Papa. Este último progreso, si así puede llamarse, no se ha realizado hasta nuestros dias. La creacion del episcopado, por el contrario, es obra del siglo II La absorcion de la Iglesia por los *presbyteri* es un hecho llevado á cabo antes de la terminacion del siglo I. En la epístola de Clemente Romano no se habla de un *presbytero* superior á los demás y que debiese destronar á los otros. Pero el autor manifiesta enérgicamente que el presbiterado, el clero es anterior al pueblo Los apóstoles al establecer Iglesias escogieron por medio de la inspiracion del espiritu «á los obispos y á los diáconos de los futuros creyentes.» Los poderes emanados de los apóstoles fueron trasmitidos por una sucesion regular, y por lo tanto ninguna Iglesia tiene el derecho de destituir á sus ancianos. E privilegio de los ri os es nulo ante la Iglesia y los que se ven favorecidos con dones misticos, lejos de creerse colocados por encima de la gerarquía, deben ser los mas sumisos. Abordábase entonces el gran problema: ¿Quién existe en la Iglesia? ¿El pueblo? ¿El clero? ¿El inspirado? La cuestion se habia planteado ya en tiempo de San Pablo, quien la resolvia con la única mane-

ra verdadera, por medio de la mútua caridad. Nuestra epístola resuelve la cuestion en el sentido del catolicismo puro. El título apostólico es todo; el derecho del pueblo queda reducido á la nada. Puede, por consiguiente, decirse que el catolicismo ha tenido su origen en Roma, puesto que la Iglesia de Roma trazó su primera regla. El primer lugar no pertenece á los dones espirituales; á la ciencia, á la distincion; pertenece á la gerarquía, á los poderes trasmitidos por conducto de la ordenacion canónica, la cual se une á los apóstoles por medio de una cadena jamás interrumpida. Comprendíase que la Iglesia libre, como la habia concebido Jesús y como San Pablo la admitia, era una utopia, de la que no podia sacarse ningun partido para el porvenir. La libertad evangélica originaba el desórden, y no se veia que la gerarquía habia de dar á la larga por resultado la uniformidad y la muerte.

## IV.

Clemente no habia visto, probablemente, ni á Pedro ni á Pablo. Su extraordinario sentido práctico le demostró que la salvacion de la Iglesia cristiana exigia la reconciliacion de los dos fundadores. ¿Inspiró al autor de los *Actos* quien nos presenta esta reconciliacion como efectuada y con el cual parece haber tenido inteligencias en que aquellas dos almas piadosas estuvieron expontáneamente de acuerdo acerca de la direccion que convenia imprimir á la opinion cristiana? Lo ignoramos á falta de documentos; pero lo cierto es, que la reconciliacion de Pedro y de Pablo fué una obra romana. Roma tenia dos Iglesias; una procedente de Pedro y otra procedente de Pablo. A los muchos convertidos que abrazaban la doctrina de Jesús, unos por conducto de Pedro y otros por conducto de la escuela de Pablo, y que tenian tentaciones de gritar: «¡Cómo! ¿Hay, pues, dos escuelas de Cristo?» era preciso poder decir: «No: Pedro y Pablo se entendieron perfectamente. El cristianismo de uno es el cristianismo del otro.» Quizas, (esta es una ingeniosa hipótesis de M. Strauss,) se introdujo á este propósito una leve modificacion en la leyenda evangélica de la pesca milagrosa. Segun el relato de Lucas, las redes de Pedro no pueden contener la multitud de peces que quieren dejarse cojer; Pedro se vé obligado á hacer una seña á vários colaboradores para que acudan en su ayuda; otra barca (Pablo y los suyos) se llenó como la primera y la pesca del reino de Dios es superabundante.

La vida de los dos apóstoles empezaba á ser desconocida. Todos los que los habian visto habian desaparecido, no dejando en su mayoría ningun escrito. Disfrutábase de la mas completa libertad para decir lo que se quisiera sobre aquel asunto, virgen todavía. Amigos y enemigos se aprovechaban de lo desconocido para crear argumentos favorables á sus tésis y para satisfacer sus ódios. Hacia el año 140, esto es, unos sesenta y seis años despues de la muerte de los apóstoles, se formó en Roma una leyenda ebionita, que se formuló con el título de «La predicacion» ó «Los viajes de Pedro». Referianse en ella las misiones del jefe de los apóstoles principalmente á lo largo de la costa de Fenicia, las conversiones que habia realizado, y sus luchas, sobre todo con el gran Anticristo, que era en aquella época el espectro de la conciencia cristiana, Simon de Gitton. Pero con frecuencia, por medio de palabras encubiertas, bajo este nombre aborrecido, se ocultaba otro personaje, el falso apóstol Pablo, el enemigo de la ley, el destructor de la verdadera Iglesia, de la Iglesia de Jerusalem, presidida por Santiago, hermano del Señor. Ningun apostolado era válido, si no podia presentar títulos procedentes de aquel colegio central. Pablo no los tenia, y era, por lo tanto, un intruso. Era el enemigo que acudia á sembrar la cizaña á espaldas del verdadero sembrador. ¡Con cuánta furia destruia Pedro sus imposturas, sus falsos relatos sobre revelaciones personales, su ascension al tercer cielo, su pretension de saber sobre Jesús cosas que los que escucharon el Evangelio no habian oido, la forma exagerada en que él ó sus discípulos comprendian la divinidad de Jesús!

Estas extrañezas, propias de sectarios poco ilustrados, no habrian tenido consecuencia alguna fuera de Roma; pero todo cuanto se referia á Pedro, tomaba en la capital del mundo grandes proporciones. A pesar de sus heregías, el libro de las *Predicaciones de Pedro* tenia para los ortodoxos grandísimo interés. Hallábase allí proclamada la superioridad de Pedro, mientras que San Pablo era inspirado; pero algunos retoques podian atenuar lo que tenian de sorprendentes tales ataques. Hiciéronse tambien muchos ensayos para disminuir las singularidades del nuevo libro y adaptarlo á las necesidades de los católicos. Este modo de alterar los libros en sentido favorable á una secta determinada, es-

taba á la órden del dia. Poco á poco se iba imponiendo á la fuerza de las cosas, y todos los hombres sensatos veian que no habia mas salvacion para la obra de Jesús que la perfecta reconciliacion de los dos jefes de la predicacion cristiana. Pablo tuvo en el siglo v como encarnizados enemigos á los nazarenos, y tuvo tambien exagerados como Marcion. Aparte de esta derecha y de esta izquierda obstinadas, hízose una fusion de las masas moderadas que reconocieron el derecho de las otras escuelas á llamarse cristianas. Santiago, partidario de un judaismo absoluto, fué sacrificado; y aunque fué el verdadero jefe de la circuncision, fué preferido Pedro, que se habia mostrado menos duro con los discípulos de Pablo. Santiago no conservó partidarios fogosos mas que entre los judio-cristianos.

Es difícil consignar quién ganó mas en aquella reconciliacion. Las concesiones partieron principalmente de Pablo, cuyos discípulos admitian á Pedro sin dificultad, mientras que la mayor parte de los cristianos de Pedro rechazaban á Pablo. Pero las concesiones proceden con frecuencia de los fuertes, y en realidad, cada dia alcanzaba Pablo una victoria. Cada gentil que se convertia hacia inclinar la balanza. Fuera de Siria, los judio-cristianos se veian como ahogados por el oleaje de los nuevos convertidos. Las Iglesias de Pablo prosperaban, pues tenian buen sentido y recursos pecuniarios de que las otras carecian. Las Iglesias ebionitas, por el contrario, se empobrecian cada vez mas. El dinero de las iglesias de Pablo se destinaba á la subsistencia de pobres gloriosos, incapaces de ganar nada, pero que poseian la tradicion viva del espíritu primitivo. Las comunidades de cristianos de orígen pagano admiraban, imitaban y se asimilaban la piedad y severidad de costumbres de aquellos pobres, y muy pronto las personas mas eminentes de la Iglesia de Roma no pudieron establecer la menor distincion. Prevaleció, pues, el espíritu suave y conciliador que habia sido ya representado por Clemente Romano y San Lucas. Sellóse el contrato de paz y se convino, segun el sistema del autor de los *Actos*, en que Pedro habia convertido á los primeros gentiles, libertándoles del yugo de la ley. Admitióse que Pedro y Pablo habian sido los dos jefes, los dos fundadores de la iglesia de Roma. Pedro y Pablo se convirtieron en las dos mitades de un todo inseparable, en dos luminares como el sol y la luna. Lo que el uno ha enseñado, lo ha enseñado el otro tambien; siempre han estado de acuerdo: han combatido á los mismos enemigos, y entrambos fueron víctimas de las perfidias de Simon el Mago.

En Roma vivieron como dos hermanos, y la Iglesia de Roma es su obra comun. Así, pues, de la reconciliacion de los dos partidos y de la amortiguacion de las luchas primitivas, surgió una gran unidad, la Iglesia católica, la Iglesia de Pedro y de Pablo, extraña á las rivalidades suscitadas durante el siglo primero del cristianismo. Las Iglesias de Pablo eran las que habian demostrado mas espíritu de conciliacion, y por lo tanto, obtuvieron el triunfo. Los ebionitas obstinados permanecieron en el judaismo, y participaron de su inmovilidad. Roma fué el punto donde se operó aquella gran trasformacion, y ya el destino cristiano de esta ciudad extraordinaria se escribia en rasgos luminosos. Lo que principalmente preocupaba á los partidos y daba lugar á las combinaciones mas diversas, era la muerte de los dos apóstoles. El tejido de la leyenda, en lo tocante á este particular, se formaba por medio de un trabajo instintivo, casi tan imperioso como el que habia presidido á la confeccion de la leyenda de Jesús. El término de la vida de Pedro y Pablo estaba establecido *á priori*, sosteniéndose que Cristo habia anunciado el martirio de Pedro del mismo modo que habia predicho la muerte de los hijos del Zebedeo. Sentiase la necesidad de asociar en la muerte á los dos personajes á quienes se habia reconciliado por fuerza, y se quiso que muriesen juntos, ó al menos á consecuencia del mismo acontecimiento. Los sitios que se consideraron como santificados por aquel drama sangriento, fueron consagrados por medio de la memoria. En tales casos acaba por triunfar el deseo del pueblo. La leyenda formula retrospectivamente la historia tal como hubiera debido ser y como no es jamás. En época reciente no habia sitio popular en Italia donde no se viesen juntos los retratos de Victor Manuel y de Pio IX, y la creencia general pretendia que aquellos dos hombres, representando principios cuya reconciliacion es, segun el sentimiento mas general, necesaria á Italia. habian estado en perfecta armonia. Si en nuestro tiempo se impusiesen á la historia semejantes miras, algun dia llegaria á leerse en documentos tenidos como sérios, que Victor Manuel, Pio IX y probablemente Garibaldi, se veian en secreto, se entendian y se amaban. Durante la Edad Me-

dia, con el fin de apaciguar los ódios de los dominicos y de los franciscanos, tratóse varias veces de demostrar que lo fundadores de entrambas órdenes habian sido dos hermanos que se habian querido afectuosamente, que sus reglas no constituyeron al principio mas que una sola, que Santo Domingo se ciñó el cordon de San Francisco, etc.

En lo que á Pedro y á Pablo se refiere, el trabajo de la leyenda fué rápido y fecundo. Roma y todos sus alrededores, principalmente el camino de Ostia, llenáronse de recuerdos que se referian á los últimos dias de los apóstoles Una multitud de conmovedoras circunstancias, la huida de Pedro, la vision de Jesús con la cruz, el *interum crufige*, el último adios de Pedro y de Pablo, el encuentro de Pedro y su mujer, en las aguas salvianas, Plantilla enviando el pañuelo que envolvia su cabellera para vendar los ojos de Pablo, todo esto constituyó un hermoso conjunto, al cual sólo faltó un redactor que á un mismo tiempo fuera ingénuo y hábil. Era ya tarde; la vena de la primitiva literatura cristiana se habia agotado; la seguridad del narrador de las *Actas* se habia perdido, ni el tono era superior al tono del cuento y de la novela. No se supo elegir entre una multitud de redacciones igualmente apócrifas; en vano se procuró unir á estos relatos los nombres mas venerados (Pseudo-Linus, Pseudo Marcelo) la leyenda romana de Pedro y Pablo permaneció siempre en estado esporádico. No fué gravemente leida, sino contada por los guias piadosos. Tuvo tan solo una importancia local; ningun texto fué consagrado para la lectura en las iglesias, y no alcanzó autoridad alguna.

Señores y señoras,

Muchos de vosotros ireis á Roma Pues bien; si conservais recuerdo de estas conferencias, id en memoria mia á las aguas salvianas *alle Tre Fontane*, mas allá de San Pablo, extramuros. Es aquel uno de los parajes mas hermosos de la campiña romana, desierto, húmedo, verde y triste. Una profunda depresion del terreno, coronada por esas grandes líneas horizontales, no interrumpidas por ningun detalle viviente, conduce á aquel punto aguas claras y frescas. Respirase allí la fiebre, putrefaccion de la tumba. Los frailes de la trapa, que en aquel lugar se han establecido, practican á conciencia su suicidio religioso. Cuando hagais este viaje, sentaos allí poco, muy poco tiempo (la calentura ataca inmediatamente), y mientras el trapista os dé á beber el agua que surge en los tres saltos de la cabeza de Pablo, pensad en aquel que vino á conversar con vosotros sobre estas leyendas, y á quien vosotros escuchasteis con tanta curiosidad y con tan benevolente atencion.

---

## MISCELÁNEAS.

Un rápido incendio ha destruido en Bruselas el diorama-santuario establecido bajo la advocacion de Nuestra Señora de Lourdes, y el cual representaba cierto número de escenas milagrosas.

A las nueve de la mañana de uno de estos últimos dias, el diorama en cuestion, situado en el jardin del Circulo católico, apareció rodeado de llamas.

Media hora despues no quedaban mas que ruinas, una torcida armazon de hierro y vigas calcinadas.

Los interesados en la conservacion del diorama, pensando tal vez una cosa parecida al refran español «fiate en la virgen y no corras,» no se pararon en pedir intervenciones sobrenaturales, ni el auxilio de las cataratas del cielo, sinó que avisaron inmediatamente á los bomberos, los cuales, á pesar de sus heróicos esfuerzos, no pudieron preservar el diorama de la cólera celeste.

Hé aquí las apreciaciones que hace la *Gaceta Belga* sobre este suceso:

«El incendio del diorama de Lourdes ha sido el acontecimiento del dia.

Dejando á un lado las cuchufletas que este suceso ha inspirado—lo cual prueba las simpatías que aquí gozan las explotaciones clericales—es en el fondo lamentable esta destruccion súbita de una obra artística que no dejaba de tener algun mérito. Pero esta destruccion ha sido tan rápida y tan completa, que ha sugerido inmediatamente á los más incrédulos la idea de un milagro.

Entre la muchedumbre que desde los primeros instantes acudió á presenciar el incendio, se oian las mas curiosas exclamaciones.

—¡El dedo de Dios!—gritaba uno.—¡El

fuego celestial!—¡El castigo de las explotaciones clericales!—exclamaban otros.

Entretanto, el edificio se consumia.

Varias devotas que acababan de salir de misa, escuchaban los comentarios de la muchedumbre con la boca abierta.

—¡Virgen santa!—exclamaba una.—¿Qué habeis hecho?

—¿Quien sabe? Tal vez algun dia veremos elevarse en el paraje en que esta barraca ha sido tan rápidamente destruida alguna capilla que conmemore este milagroso acontecimiento.

* * *

El Sr. D. Manuel Navarro Murillo, Jefe de trabajos estadísticos de la provincia de Soria y uno de los mas fervientes é ilustrados apóstoles del espiritismo, acaba de esperimentar en su familia una horrible desgracia. Una hija suya de 10 á 11 años ha muerto en pocas horas, en medio de los mas crueles tormentos, á causa de haberse derramado sobre los vestidos el petróleo inflamado de un quinqué, sufriendo tambien quemaduras de consideracion otra hija de ménos edad, que estaba al lado de su hermanita en aquel fatal momento. Deseamos al Sr. Navarro Murillo y familia la resignacion que necesitan para sobrellevar cristianamente el inesperado golpe que aflige su corazon.

* * *

El juzgado de Saldaña instruye causa por estafa con ocasion de juegos prohibidos. Entre los procesados figuran cuatro sacerdotes católicos. Ahora es cuando creemos que el diablo anda suelto. ¡Atreverse á tentar á cuatro sacerdotes... católicos! ¡Cómo se vá creciendo el espíritu maligno!

* * *

Dice *Las Circunstancias* de Reus, que el domingo dia 15 del actual, uno de los padres jesuitas que habitan el convento de San Agustin de la Selva, conocido en la misma por el *Fraret*, asomóse á una de las ventanas del convento con ademanes de quererse arrojar por ella, y no pudiendo hacerlo, prorumpió en desgarradores gritos pidiendo auxilio á los vecinos, hasta que segun pudieron observar algunos de éstos, el referido *Fraret* fué violentamente arrancado de la ventana donde se hallaba asido con todas sus fuerzas é internado en el convento.

Este hecho ha dado lugar ó varias sospechas, pues el *Fraret*, que solia ser visto con frecuencia por los vecinos de la poblacion, desde el dia de la referida ocurrencia no ha vuelto á aparecer por ninguna parte, ni ha podido saberse de su estado ni paradero por mucho que la curiosidad pública haya tratado de indagarlo, toda vez que á las preguntas que se hacen á quienes podrian saberlo se dá por toda contestacion: «El padre fulano es un loco; compadecedle.»

* * *

Tambien en Solsona se ha celebrado un milenario, el de la Virgen del Claustro. El feliz hallazgo de esta Virgen de piedra aconteció, á juzgar por el contenido de ciertos pergaminos que se suponen hubieron de existir, el dia 9 de Setiembre del año 880. Los pergaminos no parecen, ni tampoco testimonio alguno de que existieron; pero la fé trasporta las montañas. Un hecho como el hallazgo de una imágen milagrosa de piedra, se comprende que hubo de hacerse constar en pergaminos, ya que no en mármoles y bronces; y como quiera que ni el bronce ni el mármol dán noticia del suceso, queda probado que la noticia hubo de andar en pergamino, y que el pergamino hubo de perderse. En cuanto á la fecha del acontecimiento, no ha podido averiguarse que fuese anterior ni posterior al dia 9 de Setiembre del año 880, y por consiguiente queda fuera de toda duda que el citado dia es la fecha del acontecimiento.

Era, pues, una mañana, la del 9 de Setiembre del año 880. Soplaba el cierzo, y los habitantes de Solsona, que no podian adivinar el próximo milagro, se entretenian soplándose los dedos. Unos cuantos niños burlaban el frio correteando por el que hoy es claustro de la catedral y arrojándose unos á otros con fuerza una peicta. Ignórase si fué por natural impulso ó por sobrenatural movimiento, pero se sabe por los extraviados

pergaminos, que la pelota, en uno de sus aéreos viajes, fué á parar al fondo de cierto pozo existente en aquel sitio. En un santiamen estuvieron todos los niños junto á la boca del pozo, y uno de ellos se abalanzó con tan mala suerte, que cayó en él sumergiéndose en el agua. Figúrense nuestros lectores el terror y la griteria de lo chicuelos, que escaparon en todas direcciones. Creyóse al principio que los moros habian escalado las murallas y penetrado en el recinto de la ciudad; pero luego, enterado mejor del suceso el vecindario, corrió en masa al lugar de la catástrofe, llevando cuerdas y otros utensilios propios en semejantes casos. Ya los primeros que llegaron se disponian á bajar al pozo, cuando ¡oh asombro! ¡oh pasmo! ¡oh milagro! del fondo de las aguas se oyó subir una vocesita, que todos conocieron ser la del niño que se buscaba, entonando himnos eucarísticos. Terminado el cántico, sacaron al infante de debajo de las aguas, el cual les refirió que debia su salvacion á una hermosísima señora. Efectivamente, descendieron segunda vez, y subieron con una imágen de piedra negra, que es la que con el titulo de *Virgen del Claustro* se venera actualmente en la catedral de Solsona. Referir los milagros que se atribuyen á aquella santa imágen de piedra negra, seria cuento de no acabar, y habremos de dejarlo para más ociosa coyuntura. El pozo subsiste todavia y lo hemos visto muchas veces por nuestros propios ojos; es poco profundo y está seco, debido indudablemente á la sequedad y poca profundidad de la fé de nuestro siglo; pero, de todos modos, la existencia del pozo, aun prescindiendo de los pergaminos, es ya un testimonio de la realidad del hecho, muy digno de ser tenido en cuenta.

El dia de la celebracion del milenario, 9 de Setiembre último, predicaron en la catedral de Solsona las glorias de la Virgen el Rdo. D. Luciano Sala y el Sr. Alcalde constitucional. Es la primera vez que sabemos de Alcaldes legos metidos á predicadores en los templos, y se nos hubiera hecho muy cuesta arriba dar crédito á la noticia, á no haberla visto en letras de molde, en nuestro ilustrado colega local *El País*, suscrita por uno de los corresponsales de dicho diario que asistió á ambos sermones. No nos desagrada la novedad y deseamos que se generalice para fomentar la concurrencia á los templos.

*
* *

La sociedad de estudios psicológicos de Paris, ha formado una asociacion con el siguiente titulo: «El Libre-Pensamiento Religioso, sociedad de asistencia moral y de enterramiento laico.» Procuraremos dar á nuestros suscritores la traduccion de los 15 artículos de que se componen los estatutos de tan interesante y benéfica asociacion. El pensamiento no puede ser más oportuno y digno de la atencion de todas aquellas personas que por sus creencias están interesadas en que esta clase de sociedades se establezcan en todos los pueblos, para salvarse de los graves compromisos que diariamente ocasiona la intolerancia de los que han querido esclavizar la conciencia con la vana ostentacion de ciertas fórmulas.

*
* *

Mr. J. Guerin, de Villeneuve-de-Rions (Gironde) ha sometido á las reflexiones de los espiritistas un proyecto de conferencias espiritistas, considerando que de todos los medios de propaganda, la palabra es el más directo, rápido y convincente, puesto que los fenomenos del Espiritismo, están suficientemente comprobados, y que ha llegado el momento de enseñar y popularizar por todos los medios posibles la consoladora moralidad que de ellos se desprende. Mr. Guerin se suscribe personalmente en favor de esta obra tan eminente como útil, por la cantidad anual de 5.000 francos, y mil francos más para hacer frente á los gastos de un órgano destinado á publicar la Memoria de estas conferencias, y añade, que si es necesario aumentará la suscricion, deseando contribuir hasta donde alcancen sus recursos pecuniarios. Veáse la «Revue» de Paris del mes de Julio, en donde se lee el proyecto. Espiritistas como Mr. Guerin, necesitan imitadores, y de seguro los tendrá; todo es empezar.

---

ALICANTE
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
de Costa y Mira.
calle de San Francisco, núm. 28.